

Ramón Menanteau

Universidad de Chile, Departamento de Filosofía

LA METAFISICA CARTESIANA*. Juan de Dios Vial Larrain, E. Andrés Bello, 1971. Santiago de Chile.

Efectivamente, tiene mucha razón el profesor Vial cuando enseña que en el sistema de Descartes "método de la ciencia y metafísica aparecen como desenvolviéndose en la continuidad de un desarrollo intelectual"¹.

Para defender que ambas instancias están en pugna, habría, primero, que pasar por sobre la expresa declaración de Descartes que nos remite a su trabajo metafísico —las *Meditaciones*— para que entendamos su trabajo científico.

Pero el escollo principal está en otra parte. Está en que tanto la certeza de la matemática como la certeza metafísica se obtienen en una interioridad espiritual. Ninguna de ellas, ni la certeza matemática ni la certeza del "moi" ni la certeza de Dios, se fundan en una representación sensible.

En la *Meditación* vi, en donde pareciera que las antiguas opiniones son de nuevo acogidas, Descartes, después de declarar que: "Por lo tanto, es preciso confesar que hay cosas corporales que existen", agrega: "Sin embargo, no pueden ser enteramente tales como las percibimos por los sentidos, porque esta percepción de los sentidos es muy oscura y confusa en muchas cosas. Pero, al menos, es preciso confesar que todo lo que concibo en ella clara y distintamente, es decir, hablando en general, todo lo que comprende la Geometría especulativa, se encuentra en ella verdaderamente".

No habiendo dos órdenes de certeza, la certeza matemática es de la misma índole que la certeza metafísica. "Raciocinatio est ubique una et eadem". (Conversación con Burman.)

La simplicidad del objeto es índice de su verdad tanto en la ciencia como en la filosofía, tanto en las Reglas para la Dirección del Espíritu como en las *Meditaciones Metafísicas*.

"Las matemáticas —enseña el profesor Vial— alcanzan la certidumbre propia de la ciencia con anterioridad a otras disciplinas, porque su objeto no es materia de experiencia, sino un objeto "puro y simple". Al parecer, entonces, la simplicidad exime de incertidumbre, y la experiencia, en cambio, es la fuente de ella"².

La misma doctrina está en Gueroult. Cuando se trata de exorcizar a las dudas fundadas en razones naturales, "el método consiste en indagar lo que escapa a la condición material de la duda, o sea lo simple, puesto que cualquier duda ha de fundarse en una ficción y toda ficción es compuesta". Se concluye, entonces, de lo simple a lo cierto"³.

* La *Metafísica Cartesiana*. Juan de Dios Vial Larrain. Ed. Andrés Bello. 1971. Santiago de Chile.

¹ Obra citada, p. 55.

² Obra citada, p. 57.

³ Descartes selon l'ordre des raisons, I, p. 42. Aubier.

Son las matemáticas, o mejor, los enlaces entre símbolos, aquellas naturalezas simples con las cuales Descartes va a traducir el detalle de la experiencia.

“No admito principios en Física no admitidos también en Matemáticas, para poder probar por demostración todo lo que de ellos deduzca, y que estos principios bastan, puesto que por ellos pueden ser explicados todos los fenómenos de la naturaleza”⁴.

Y en el mismo lugar agregará Descartes esta afirmación tan concordante con el texto citado de la Meditación vi: “Pues confieso francamente aquí que nada conozco de las cosas materiales, sino lo que puede ser dividido, figurado y movido de diversas maneras, es decir, lo que los géometras llaman cantidad, y que toman por objeto de sus demostraciones”.

Pero una duda se cierne sobre la simplicidad del método científico cartesiano. Duda promovida por algunos “excelentes espíritus” mencionados en la carta a Clerselier de las Respuestas Quintas, y que halla eco en el libro del profesor Vial.

Dice éste: “¿Puede decirse, entonces, que el método cartesiano da paso a la realidad de las cosas, que el descenso a la simplicidad del entendimiento haya conducido a la simplicidad de la existencia? A la luz de lo que se ha establecido puede decirse: en cierto sentido, sí; pero no, en otro” (pág. 65).

Decían aquellos “excelentes espíritus”. “...la extensión matemática —que pongo como principio de mi física— no es sino mi pensamiento, y que no tiene ni puede tener ninguna subsistencia fuera de mi espíritu, siendo sólo una abstracción que hago del cuerpo físico; y que, por tanto, toda mi física es imaginada y ficticia como lo son todas las matemáticas puras; que en la física real de las cosas que Dios ha creado es preciso una materia real, sólida, no imaginaria. He aquí —prosigue Descartes— la objeción de las objeciones, y el compendio de toda la doctrina de los excelentes espíritus que aquí han sido citados. Todo lo que podemos entender y concebir es a juicio de ellos imaginaciones y ficciones de nuestro espíritu que no pueden tener ninguna subsistencia. De donde se sigue que nada de lo que se puede entender, concebir o imaginar se debe tener por verdadero; que es preciso cerrar completamente la puerta a la razón, y contentarse con ser mono o loro, y no hombre, para merecer estar en el rango de estos excelentes espíritus. Pues si las cosas que se pueden concebir deben estimarse falsas por el hecho, de que se las puede concebir, ¿no debemos, entonces, tener por verdaderas aquéllas que no concebimos, y así establecer su doctrina imitando a otros sin saber por qué se los imita, al igual que los monos, y profiriendo palabras cuyo sentido no se entiende, al igual que los loros? Mas, para mí es un consuelo haber conjugado mi física con las matemáticas puras a las que deseo se parezca”.

Para Descartes, la realidad de las cosas es congruente con las condiciones de su inteligibilidad. Y si le preguntásemos, ¿no habrá en el cielo o en la tierra algo que tu filosofía ignora?, nos respondería: “Acerca de eso no me pronuncio, pues hablo de lo que conozco”.

⁴ Descartes, Principios de la Filosofía II.

Mas, para que podamos hallar en la Matemática el objeto simple, y por tanto, indudable, que informe al material empírico, Descartes tuvo que transformar la Matemática; tuvo que desligarla del espacio euclidiano.

La noción de espacio llega a ser puramente intelectual, como lo declara el siguiente pasaje de la Regla xiv: "No sólo la longitud, la anchura y la profundidad son dimensiones; sino, además, el peso es la dimensión según la cual las cosas son pesadas, la velocidad es dimensión del movimiento, etc.". La cantidad o espacio llega a ser "orden y medida" expresadas en una ecuación.

Y es con la Matemática, así desligada de la representación sensorial, con la que Descartes trabaja en la reforma de la ciencia. Con la Matemática, que no con la Lógica —dialéctica— a la que saca de la Filosofía para transferirla a la Retórica. (Cf. Regla x.

Este trabajo de apartamiento de lo sensorial y de interioridad espiritual culminará, en lo que a la constitución de la ciencia se refiere, en la Geometría.

Pues, "en las Reglas, la aritmética y la geometría están yuxtapuestas como satisfaciendo igualmente las exigencias de orden y de medida. En la Geometría, la yuxtaposición se cambia en jerarquía; la cantidad, sometida a la restricción que le impone la representación espacial se convierte en algo compuesto en relación a la cantidad definida únicamente por medio de las operaciones de la aritmética, expresada con la ayuda de los sistemas simbólicos del álgebra". (L. Brunschvicg. Las Etapas de la Filosofía de la Matemática.)

Es cierto que "Descartes ha hecho de las matemáticas un modelo de método"⁵. Pero lo que no es tan cierto es que el secreto del método se encuentre en los cuatro preceptos del Discurso. El secreto del método se halla en uno de los tratados científicos a los cuales el Discurso sirve de prólogo. Se encuentra en la Geometría.

"Sólo traté por la Dióptrica y los Meteoros de persuadir que mi método es mejor que el ordinario, pero pretendo haberlo demostrado con mi Geometría". (Carta a Mersenne, 1637.)

Es una verdadera lástima que el profesor Vial no haya elaborado el momento científico de ese "continuum" que es el sistema cartesiano. El tema, tratado en la prosa tersa del profesor Vial, sería un auxiliar precioso para comprender una sabiduría que es capaz de librarnos de las "malas doctrinas": "promesas de alquimista", "predicciones de un astrólogo", "imposturas de un mago", y, en general, de todos aquellos "que hacen profesión de saber más de lo que saben"⁶.

Para que la ciencia y la metafísica se desenvuelvan en la continuidad de un desarrollo intelectual, una misma intuición ha de fundamentar el nexo de las naturalezas simples matemáticas ($x = 3$, luego $x - 3 = 0$), el ser del "moi" en el cogito (pienso, luego soy), y el ser de Dios (la idea de Dios es, luego Dios es).

Y sobre este fundamento tiene razón el profesor Vial cuando escribe que "en la

La Metafísica Cartesiana, p. 61.

⁵ Discurso del Método. I.

teoría cartesiana, Dios no está fuera del hombre, ni es absolutamente diverso, pero es otro que el hombre". (Ob. citada, p. 211.)

Sobre este fundamento es clarividente cuando afirma que "la metafísica cartesiana a través del discurso intelectual y del orden de razones toca la unidad de lo mismo que yace en el fondo de las cosas y lo expresa en la palabra fundamental de la filosofía cartesiana: cogito". (Ob. citada, p. 100.)

El orden de razones cartesiano es empujable en ese sentido, y en ese sentido se lo supera. Siendo fieles a su palabra —cosa que preocupa al profesor Vial—, podemos salir de sus juicios a través de lo que ellos implican. Tal es el trabajo de la Filosofía una vez que la Filología ha hecho el suyo.

Mas, el que el mundo se divida en dos substancias es algo que tal fundamento no sostiene.

No puede ser que coexistan "la unidad de lo mismo que yace en el fondo de las cosas", y las cosas distribuidas en conjuntos disjuntos. Y aunque esto es ir más allá de las palabras de Descartes, no es, sin embargo, ir más allá de lo que implican sus juicios. Pero éste es un punto de doctrina largo y laborioso de dilucidar.

Hasta aquí, este trabajo nos ha sido relativamente fácil. A partir del pensamiento del profesor Vial, y dejando hablar a los grandes, y entre éstos al propio Descartes, hemos intentado una semblanza del cartesianismo.

Semblanza trunca si, dentro de sus límites, no nos hiciésemos cargo de las consecuencias prácticas del cartesianismo.

Es verdad que el cogito expresa la identidad fundamental del pensamiento, la existencia y la verdad, pero ya no nos parece tan cierto que esto ocurra "en el mismo ser del hombre". En todo caso, debemos calificar con gran escrupulosidad cual sea el alcance del significado antropológico del cogito, dado que compromete gravemente al bípedo implume siempre tan vanidoso.

Tiene una vez más mucha razón el profesor Vial cuando nos dice que lo que se sabe del ser que piensa en el cogito es únicamente lo que las Meditaciones han puesto de manifiesto.

Atendamos a las Meditaciones II.

Las categorías biopsíquicas en que se solía ubicar el ser del hombre se han esfumado. El "moi" no es cuerpo, y por lo tanto tampoco es un alma. "Yo no soy este conjunto de miembros que se llama cuerpo humano. No soy un aire delicado y penetrante esparcido en todos mis miembros..., etc."

Una sola existencia revela el cogito: la existencia de un pensamiento finito, que deriva —lo sabremos después— de una intuición universal que es Dios. Porque "deteniéndose bastante tiempo en esta Meditación (Meditación III) se obtiene poco a poco un conocimiento muy claro, casi me atrevo a decir intuitivo, de la naturaleza intelectual en general, la cual idea considerada sin límites nos representa a Dios, y limitada es la de ángel o un alma humana". (Carta a Silhon. Mayo de 1637.)

He aquí, entonces, que llamando hombre a esa naturaleza infeccional que aparece en el cogito la inficionamos con las connotaciones tradicionales de un vocablo, y hacemos confusa la inteligencia de lo que Descartes, bregando con el lenguaje, nos comunica.

La claridad del cogito no sólo nos defiende de las malas doctrinas que más arriba recordábamos, sino también de todo lo que proviene de la fisiología, del inconsciente, de la herencia carnal, y de la herencia social. En la medida en que vivimos según el cogito somos consciencia que se posee a sí misma, y no cabrán en nosotros los impulsos oscuros de la pasión o del inconsciente, ya sea individual o colectivo.

“La experiencia hace ver —dice Descartes— que los que viven más agitados por sus pasiones son los que menos las conocen”. (Tratado de las Pasiones del Alma, 28.)

El “moi” que aparece en el cogito se es completamente translúcido. Es, como bien lo ha visto el autor del Progreso de la Consciencia, un yo heroico, un yo corneliano, un yo “todo juicio y voluntad”.

Tal es el “moi” que podemos colegir de las Meditaciones. ¿Puede la llamada humanidad definirse en términos del cogito? Creemos que no, porque las acciones que ocurren en la vida no se compadecen con tal norma antropológica. Creemos, más bien, que tal norma es un ideal (no sabemos cuán utópico) al cual se le propone convertirse a la llamada humanidad.

Es éste otro punto de doctrina largo y laborioso de dilucidar, y en este momento una cierta pereza nos invade.